



Juliana Pedraza, 92 años.

Virginia García, 19 años.

Entre las brumas de la memoria

Un barrio residencial, la calle desierta. Un edificio amarillo y blanco. En su interior, una recepción, escaleras, un pasillo hacia una amplia sala. Dentro de ella, unas 30 personas mayores viendo en la tele un documental de la dos. En uno de los sillones centrales, una mujer mirando el aparato con sus ojos clavados en él y sin apartar su vista ni un momento, ni siquiera cuando una de sus enfermeras le comunica que alguien ha venido a visitarla.

Juliana Pedraza, o preferiblemente Julia, Julita, no le gusta que la llamen Juliana. Tiene 92 años, nació en Toledo, pero lleva más de 65 años viviendo en Madrid. Un hijo y más de diez nietos y bisnietos, no consigue recordar el número. Muchas vivencias, multitud de episodios que podría contar, pero no es capaz de hacerlo. "Los años no perdonan", afirma con una débil voz mientras hace un gesto de resignación, "me han pasado muchas cosas, buenas y malas, pero la verdad es que, de la mayoría no me acuerdo".

Vuelve a mirar el televisor del mismo modo en que lo hacía veinte minutos antes. Al mirarla, da la impresión de que su única preocupación son los toros que observa en ese momento en la tele. En la sala reina el silencio, aparte de la televisión, sólo se escucha el ir y venir de enfermeras y auxiliares sanitarios y el traqueteo de los cubiertos en un apartado contiguo de la habitación, los encargados están poniendo la mesa, ya casi es la hora de comer. Pasan quince minutos, Julita, sin apartar la mirada de la pantalla, comienza a hablar de nuevo, como si de repente, todos sus recuerdos estuvieran dispuestos a salir de su mente.

Principio de los años treinta, Julia era una joven de casi veinte años, esbelta y bella, tal como afirma, llamaba la atención, muchos hombres la deseaban. Algunos encargados del Ayuntamiento le dijeron a Félix Pedraza, su padre, que iban a ofrecer a Julia salir vestida de República, en la carroza del desfile que se realizaba en Toledo para conmemorar la proclamación de 1931. Félix les advirtió que su hija no iba a querer, porque "era muy rara para esas cosas", pero lo que en realidad ocurría era que él se negaba a que Julia desempeñara ese papel. Cuando, a pesar de la advertencia de Félix, aquellos hombres fueron a ofrecerle ese puesto, ella, consciente de que su padre no estaba dispuesto a involucrarse en temas de política, para no tener problemas, les dijo que le daban pánico las alturas y que no se creía capaz de ir en la carroza sin marearse.

Más de 60 años después, Julita ilumina su cara con una sonrisa al recordar el ingenio con que se deshizo de aquellos hombres; a pesar de que la intención de su padre de no meterse en líos no salió como él esperaba. Al cambiar el régimen, fue detenido y encarcelado por haber sido concejal del Ayuntamiento. Meses más tarde, le ejecutaron. Esto no fue lo único que cambió en su vida durante aquellos años en los que España estaba revuelta.

Su mirada se vuelve más profunda, contempla el vacío con los ojos llenos de ilusión, como si pudiese vivir de nuevo los episodios que está relatando. Recuerda a Vicente, su novio, cómo se conocieron casi por casualidad, en casa de una amiga; su mirada



dulce, sus paseos por el camino del Ayuntamiento de Toledo, sus ilusiones, su boda, sus esperanzas, planes, su embarazo....

Miles de sueños y deseos rotos, toda una vida que parecía que iba a ser perfecta destrozada casi a su comienzo, un repentino cambio de rumbo que nadie podía imaginar, pero que fue una realidad demasiado frecuente durante aquellos años.

Los ojos de Julita empiezan a empañarse, las lágrimas resbalan por sus mejillas, su mirada se pierde, es imposible imaginar en qué está pensando. Comienza a articular frases sueltas, sin sentido, inconexas. Habla de su hijo, de lo bien que le ha educado, de la familia que tiene ahora, de su vida, de todos los pretendientes a los que ha rechazado, de la facilidad de palabra que ha tenido siempre, de sus años como propietaria de un estanco, de la suerte que ha tenido en la vida.

Las lágrimas siguen brotando, la tristeza que le atormenta se hace patente, se adivina que hay un episodio desagradable que ha omitido en toda esta historia. Si tan bien le ha ido todo, ¿por qué sus lágrimas no dejan de caer? ¿por qué sigue llorando, quieta, sin moverse, absorta en sus pensamientos? Su voz se quiebra cuando intenta comenzar a hablar, su narración se remonta de nuevo a los años treinta, esta vez hacia 1935. Julita tenía 22 años, cuando se casó en Toledo, en la iglesia de Santo Tomé con Vicente Calatayud, su novio desde hacía cuatro años. Estaban muy ilusionados, además de estar recién casados, iban a ser padres.

En 1936, de manera simultánea a los cambios del país debido al alzamiento militar, la vida de Julia experimentó una serie transformaciones que modificarían radicalmente su trayectoria. Un día soleado, estaba en casa con su bebé recién nacido, Vicente, cuando sonó el teléfono. Era Adoración, una muy buena amiga. Llamaba para contarle que su marido había muerto en la guerra, en Málaga, se había quedado viuda. Ella, al colgar el teléfono, se quedó bastante preocupada; Alberto, el marido de Adoración, era compañero de brigada de Vicente, su marido.

En ese momento, Julita no se paró a pensar con detenimiento en esas cosas, su marido había visto nacer a su pequeño hacía apenas una semana y ahora se encontraba en el frente. Es cierto que le inquietaba el peligro que corría, pero en esa época, todo aparentaba ser tan perfecto entre ellos que nada malo podía suceder.

Pero sucedió. Pocos días después de la noticia de Adoración, Julia recibió una llamada comunicándole que Vicente había muerto. Se quedó paralizada, no sabía qué hacer. Cogió el teléfono y llamó a su amiga: "- ¿Sí?; - ¿Adoración?, ya estamos viudas las dos. Me acaban de comunicar que Vicente ha muerto".

Pasados dos días, mientras se encontraba sumida en el llanto y la desesperación, se acercó a la puerta para ver quién llamaba. "Nadie en el Tercio sabía/ quién era aquel legionario/ tan audaz y temerario/ que en la Legión se alistó.....Soy un hombre a quien la suerte/ hirió con zarpa de fiera/ soy un novio de la muerte/ que va a unirse en lazo fuerte/ con tal leal compañera", sus ojos se llenaron de lágrimas al ver y escuchar a veinticinco hombres cantando al unísono El novio de la muerte, como muestra de apoyo hacia Julia y en señal de recuerdo y respeto hacia su leal compañero de batallón, Vicente Calatayud.

Entonces, Julia decidió que tenía que salir adelante, debía hacerlo por su hijo, y pensaba hacerlo sola. A lo largo de su vida, muchos hombres le han pretendido y



adulado, muchos de ellos han deseado contraer matrimonio con ella. Pero una y otra vez, sus rechazos han sido firmes e irreversibles, Vicente fue su elección, y aunque el destino quiso llevárselo, ella seguiría siéndole fiel para toda la vida. "Yo me quedé viuda, y viuda me van a enterrar", afirma con rotundidad.

Setenta años después de ese trágico episodio, Julita vuelve a emocionarse al recordarlo. Declara sentirse orgullosa de seguir viuda, de la vida que ha tenido y de la familia que ha formado. Su mayor logro es su hijo y su deseo más importante, morir antes que él. "Es un cielo, se porta muy bien conmigo, y siempre que viene a verme, me trae dulces", afirma sonriente, "es que soy muy golosa", añade soltando una leve carcajada.

"Eres mi hijo querido, lo que más quiero en el mundo, por ti daría mi vida....por eso te pido, hijo de mi corazón, que nunca me olvides....pues esos son en el mundo los cariños verdaderos: los de los padres a los hijos, y los de los hijos a ellos", son algunos versos que Julia ha escrito para su hijo; porque él es la razón por la que, después de haberse casado con veintidós años y haber cumplido los veintitrés viuda con un bebé de ocho días, ha conseguido llegar a los 92 años, momento en el que, como resumen del balance de su vida, con su cara iluminada por una gran sonrisa, declara: "La verdad es que soy muy afortunada, he tenido mucha suerte"

Lo importante de la vida

Alegría, tristeza, satisfacción, decepción, orgullo, inseguridad, esperanza, ilusión, sorpresa, contrariedad, dolor, desesperación, entusiasmo. Multitud de sentimientos y sensaciones que se experimentan en toda una vida. Los días pasan, los años avanzan y el tiempo corre; de pronto te das cuenta de que tienes más de noventa años. Es el caso de Julita, que relata entusiasmada episodios de hace más de seis décadas como si hubiesen ocurrido ayer; pero con frecuencia, es incapaz de recordar lo que hizo la semana pasada. "Los años no pasan en balde", afirma la protagonista, "y después de haber vivido tanto, mucha gente se pregunta: ¿qué merece la pena de la vida? ¿acaso compensa sufrir tanto?".

Julia defiende que no existe una razón única por la que vivir, sino gran cantidad de pequeños detalles que día a día te invitan a seguir luchando: una mirada, un saludo, una caricia, un abrazo, una palabra agradable o la compañía de una persona especial. Opina que el buen humor y las ganas de vivir son dos factores decisivos para salir adelante. "De hecho", afirma, "si no tuviera ganas de vivir, ya no estaría viva. A esto le llaman salón de la televisión", dice mientras señala la sala principal de la residencia, "pero yo creo que debería llamarse salón de las lamentaciones, porque lo único que se escucha son quejas, gritos y llantos". Lleva más de cinco años viviendo en una u otra residencia, pero ella explica que no está dispuesta a dejarse morir en ese sitio, sino que pretende aprovechar cada uno de los días que le quedan. Es cierto que se atraviesan momentos de todo tipo, que a veces te caes tan abajo que resulta imposible levantarse, pero a través de los tropiezos, aprendes a coger las fuerzas necesarias para llegar muy alto de nuevo.

Julia siempre está dispuesta a cantar una canción, recitar una poesía o contar un chiste; además "también les digo recetas a los cocineros de la residencia para que prueben nuevos guisos", comenta. Insiste en que cada momento que vivimos es único, irrepetible e imposible de recuperar; de cualquier experiencia, por muy negativa que sea, puede extraerse una enseñanza o conclusión. Todos los instantes que vivimos, nos



traen hasta donde nos encontramos ahora, nos van configurando como personas. Por eso, "no hay que fijarse en lo negativo de una desgracia, sino en lo positivo de aprender a superarla". Para ello, la protagonista apunta que se requiere mucha confianza en uno mismo, afán de superación, sacrificio y lucha. "No hay nada imposible para quien se lo propone", afirma Julia con decisión.

Pero la protagonista, después de pasar un rato, intentando resumir en unas líneas todas las cosas que otorgan valor a la vida, decide que esta labor resulta un tanto absurda. Julia afirma que es inútil explicar con palabras las razones que nos impulsan a adentrarnos en esta aventura; de hecho, basta con una palabra para expresar lo esencial. Lo que merece la pena de la vida es "vivirla".